

El voto útil

Juan Emilio Ríos Vera

Mis primeras elecciones tuvieron lugar pocos días después de cumplida mi mayoría de edad. Alborozado y trémulo me encaminé al colegio electoral, me introduje en un cubículo estrecho y mal iluminado, aislado del resto de la estancia por una cortinilla mugrienta y leve y allí fui repasando una a una y sin prisa las papeletas de las distintas candidaturas, con el consiguiente enfado de los que esperaban afuera, deseando entrar a ocupar mi privilegiada posición. En aquella primera ocasión voté verde y fue el color respaldado por la mayoría de la población pero mi vida y la del resto de los míos no se vio alterada en absoluto ni para bien ni para mal.

Cuatro años después me personé en el mismo colegio electoral ya menos entusiasmado y no me demoré tanto tiempo en aquel oscuro y vetusto cubículo. Voté rojo pero nada pareció alterarse en mi gris existencia.

En mis sucesivas votaciones voté azul, luego negro y hasta amarillo y no noté el más mínimo cambio.

Un año voté en blanco y todo siguió igual.

Otro año, rebelde y hastiado, me entretuve en meter dentro del sobre sepia los cromos de mis jugadores favoritos. Mi voto fue declarado nulo claro está, pero yo lo disfruté. Todo siguió su rumbo.

Pero aquel fatídico año, no fui a votar y además convencí a todos mis allegados y conocidos a que tampoco lo hicieran. Mucha más gente pensó lo mismo y la aplastante mayoría del país se quedó en sus casas. Pocos días después puede ver por televisión como unos militares cargados de condecoraciones retiraban las urnas de los centros electorales y las llevaban al denominado “Museo de la Memoria Democrática” donde allí siguen. Entonces sí que cambiaron las cosas.

En mi celda de aislamiento me divierto haciendo con el escaso papel higiénico papeletas y sobres con mil siglas imposibles, que deposito ceremoniosamente en el pestilente bidón de la basura.■

El fantasma en carne viva

Juan Emilio Ríos Vera

Seguramente lo había dejado todo manga por hombro cuando se topó de bruces con la parca tan de improviso.

Por ello, sus lágrimas brotaban físicas y líquidas aún de sus abiertos ojos color almendra que se habían adaptado a la oscuridad como la de esos seres abisales que habitan en la profundidad del mar y sus suspiros eran a veces incluso audibles por el viejo gato que había vivido siempre en la mansión solariega y por el travieso niño que se escondía detrás de los butacones y de los armarios que dormían bajo el peso helado de sábanas decoloradas.

Estaba su dolor tan en carne viva que a veces le dolían las piernas que ya no tenía como carbones encendidos.■

La soledad de mi cuarto

Carmen Sánchez Melgar

En la soledad de mi cuarto
poblado de mariposas, libros y cuadros,
cuando tú no estás
se me agrandan las ganas
y el corazón de mi mano se alarga
buscando con fuerte latido
el desván de mis caderas
retomando senderos olvidados,
antaño salpicados de fragancias
que embriagaban tus sentidos
hasta nublar te por completo
el sol de tus entendederas.
Después me duermo,
como quien vive otra vida
dentro de su propio cuerpo.

Muchacha del cálamo

Luis Alberto del Castillo

En mi delirio tantas veces tu gesto
ensimismada
el estilo golpeando, apoyado
pensativo en el labio inferior
promesa intuida de mil besos.
En mi opio tantas veces tu misterio
tu mirar hacia dentro
ese pensamiento que escruta
desnuda los recuerdos y los sueños
redes de caricias son tus ojos caramelo.

Dicen, muchacha del cálamo
que eras imagen de Safo
poeta inmortal que al amor
inmortal de Lesbos nombras
domados el punzón y las cuatro tablas.
Digo, muchacha del cálamo
que eres Octaviana de Gades
a mi amor convocada
pues si Catulo ha amado a Lesbia
en Baelo Claudia nuestra pasión traspasa el
Tiempo.

Aquí el punzón se ha deslizado
firme en la cera blanda
tus alados pasos el placer han hollado
al olvido y a los celos fin
olvido y posesión con el sol alto.
Desde el Tiempo rasgado al ahora
sueño tus sueños
divina muchacha del cálamo
dulce Octaviana en Baelo Claudia
con este amor inmortal transidos vuestros
versos.

Esmalte

Luis Alberto del Castillo

Un símbolo, una joya
emblema del Siglo Veinte
siglo prodigioso y cruel.

Versos sencillos, escuetos
que aprisionen tu figura
estrofas humildes, sueltas
para cantar tus grandezas
para callar tus horrores.

No caben grandilocuencias
ni héroes, ni tiranos
siglo prodigioso y cruel
película inacabable
en la que comparten créditos
asesinos, sabios, victimas
diluídas las voces cándidas
en el hedor de la muerte.

Mezcladas guerras y luces
Hiroshima y Andy Warhol
Marie Curie, Primo Levi
Adolf Hitler y Stalin
Gandhi, o Juan Veintitrés;
no serán ellos tu rostro
siglo prodigioso y cruel.
Son las niñas vietnamitas
desnudas corren descalzas
flageladas mentes y almas
con napalm horneadas
ellas serán para siempre
mi Esmalte del Siglo Veinte.

Algeciras para Tarifa, 5 y 6 de agosto de 2003, del
poemario jamás concluido *Rostros. Siglo XX.*